

se fueron, se entraron entrambas con Don Quijote, y la sobrina le dijo: "¿Qué es esto, señor tío? ¡ahora, que pensábamos nosotras que vuesa merced volvía á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos, haciéndose *pastorcillo tú que vienes, pastorcico tú que vas!* pues en verdad, que está ya duro el alcacer para zamponas." Á lo que añadió el ama: "Y ¿podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno, y el aullido de los lobos? No, por cierto; que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio, casi desde las fajas y mantillas: aun, mal por mal, mejor es ser caballero andante, que pastor. Mire, señor: tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese á menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere.—Callad, hijas, les respondió Don Quijote, que yo sé bien lo que me cumple: llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno; y tened por cierto que, ahora sea caballero andante, ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir á lo que hubiéredes menester, como lo vereis por la obra:" y las buenas hijas (que lo eran sin duda), ama y sobrina, le llevaron á la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.

CAPÍTULO LXXIV.

De cómo Don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinacion de sus principios hasta llegar á su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de Don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba; porque, ó ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposicion del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis dias en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero. Estos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea, le tenia de aquella suerte, por todas las vias posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller que se animase y levantase para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenia ya compuesta una égloga, que mal año para cuantas Sanazaro habia compuesto, y que ya tenia comprados, de su propio dinero, dos famosos perros para guardar el ganado: el uno, llamado *Barcino*, y el otro, *Butron*, que se los habia vendido un ganadero del Quintanar. Pero, no por esto, dejaba Don Quijote sus tristezas. Llamaron sus amigos al médico; tomóle el pulso, y no le contentó mucho; y dijo que, por sí ó por no, atendiese

á la salud de su alma, porque la del cuerpo corria peligro. Oyólo Don Quijote, con ánimo sosegado; pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron á llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fué el parecer del médico, que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó Don Quijote que le dejasen solo, porque queria dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tirón, como dicen, mas de seis horas; tanto, que pensaron el ama y la sobrina que se habia de quedar en el sueño. Despertó, al cabo del tiempo dicho, y, dando una gran voz, dijo: "¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres." Estuvo atenta la sobrina á las razones del tío, y parecióle mas concertadas que él solia decirlas, á lo menos en aquella enfermedad, y preguntóle: "¿Qué es lo que vuesa merced dice, señor? ¿tenemos algo de nuevo? ¿qué misericordias son estas, ó qué pecados de los hombres?—Las misericordias, respondió Don Quijote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, á quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio, ya, libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecios, y no me pesa, sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, á punto de muerte; querria hacerla de tal modo, que diese á entender que no habia sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco: que, puesto que lo he sido, no querria confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, á mis buenos amigos el cura, el bachiller Sanson Carrasco, y á maese Nicolás el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento." Pero deste trabajo se excusó la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió Don Quijote, cuando dijo: "Dadme albricias, buenos señores, de que, ya, yo no soy *Don Quijote de la Mancha*, sino *Alonso Quijano*, á quien mis costumbres me dieron renombre de *Bueno*. Ya soy enemigo de Amadis de Gaula, y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad, y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya, por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino." Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le habia tomado; y Sanson le dijo: "Ahora, señor Don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, ¿sale vuesa merced con eso? y ahora, que estamos tan á pique de ser pastores, para pasar cantando la vida como unos príncipes, ¿quiere vuesa merced hacerse ermitaño? ¡Calle, por su vida, vuelva en sí, y déjese de cuentos!—Los de hasta aquí, replicó Don Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda prisa; déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese, y un

escribano que haga mi testamento; que, en tales trances como este, no se ha de burlar el hombre con el alma; y así, suplico que, en tanto que el señor cura me confiesa, vayan por el escribano." Miráronse unos á otros, admirados de las razones de Don Quijote; y, aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moria, fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco á cuerdo; porque, á las ya dichas razones, añadió otras muchas, tan bien dichas, tan cristianas, y con tanto concierto, que del todo les vino á quitar la duda, y á creer que estaba cuerdo. Hizo salir la gente el cura, y quedóse solo con él, y confesóle. El bachiller fué por el escribano, y de allí á poco volvió con él y con Sancho Panza, el cual Sancho (que ya sabia por nuevas del bachiller en qué estado estaba su señor), hallando á la ama y á la sobrina llorosas, comenzó á hacer pucheros y á derramar lágrimas. Acabóse la confesion, y salió el cura, diciendo: "Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano, el Bueno: bien podemos entrar, para que haga su testamento." Estas nuevas dieron un terrible empujon á los ojos preñados de ama, sobrina y de Sancho Panza, su buen escudero, de tal manera, que los hizo reventar las lágrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que Don Quijote fué *Alonso Quijano, el Bueno*, á secas, y en tanto que fué *Don Quijote de la Mancha*, fué siempre de apacible condicion y de agradable trato; y, por esto, no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocian. Entró el escribano, con los demás, y, despues de haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma Don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando á las mandas, dijo: "Item, es mi voluntad, que de ciertos dineros que Sancho Panza, á quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que, porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y *dares* y *tomares*, quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna; sino que, si sobrare alguno despues de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga; y si como, estando yo loco, fui parte para darle el gobierno de la insula, pudiera ahora, estando cuerdo, darle el de un reino, se le diera; porque, la sencillez de su condicion y fidelidad de su trato, lo merece;" y, volviéndose á Sancho, le dijo: "¡Perdóname, amigo, de la ocasion que te he dado de parecer loco, como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caido, de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo!—¡Ay! respondió Sancho llorando; no se muera vuesa merced, señor mio, sino tome mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin mas ni mas, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo, vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá, tras de alguna mata, hallaremos á la señora Doña Dulcinea, desencantada, que no haya mas qué ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme á mí la culpa,